

De GOMEZ DE LA SERNA

MOTIVOS CINEMATOGRAFICOS

Las Copias Falsas por Carlos Ocampo

En qué intimo romance se hundirá tu corazón que asoma a sus labios como una bandada de besos?
 ¡Ah! Sí. El panorama lejano de su vida florece en el prisma del recuerdo y se descompone en iris.
 Hace muchos años. Con ternura infantil y saña heroica clavó su nido en la corteza de un árbol, para estar más cerca de donde saliera. Halló para consuelo de sus fatigas de león una dulce compañera, que trajo al nido tanto con su suavidad y blancura de nube, un tierno corazón de paloma.
 La mujer humilde le confortó en los instantes de desesperanza y de fatiga, presionó a las yemas de sus manos la seda aromada de sus caricias y cantó al oído de su digno compañero en la vida la canción secreta del amor. A poco el nido se pobló de trinos trémulos.
 Los pichones fueron creciendo al compás que siguen los pinos y los robles. Todo era dulzura, bienestar, dicha. Mas un día la madre, enajada



flor en sus hijos cerró los ojos silenciosamente: tal un suspiro que se eleva en el vacío de la noche.
 El hábito de tragedia pareció anunciar que, no hallándose más la madre en el nido, Dios ya no existía sobre la tierra.
 Los hijos se fueron por ahí

No existe apenas este hombre. Corre de un lado a otro, debe de saber guiar muy bien sus movimientos, hace una figura de rigodón difícil, estrambótica, inacabable, y su pareja ni siquiera lo mira y jamás le da la mano. Ella se hace siempre la distraída y no lo ha mirado jamás a los ojos porque bastante tiene con mirarse a sí misma.
 Nosotros tampoco vamos a este hombre. En las películas no aparece jamás, pero es como el perro invisible, el perro que va delante y que conduce el hilo de la acción; el paquete con el film, la cabeza de los personajes.

En Cinelandia este tipo tiene la media vida que el otro apuntador de la vieja escena. Ni es cómico ni es erialdo. Ni existe ni deja de existir.
 El apuntador de la expresión tiene la misión de llevar un espejo colgante de la boca, un espejo de azogue de plata, el espejo más limpio que había en la tienda de los espejos y en el que la cabeza del actor o de la actriz se quedan destacadas como en un cielo luminoso con aguas de estanque.

No puede distraerse la expresión del filmante, no puede descuidarse, necesita estar muy sobre sí y saber constantemente por dónde va de gestos.
 Ese espejo movedizo, tornadizo, mariposeador, que es como el espejo de la conciencia en un drama simbólico, busca a los actores de circo y les muestra el gesto de sus pasiones, de sus espantos, de su cólera.

Antes de saber que existiese ese apuntador de la expresión, dotado de ese espejo deslumbrador y descabezante, muchas veces creí ver, en el gesto de la actriz sobre todo, la manera con que se imita uno a sí mismo mirándose al espejo. Ahora, al recordar aquel amancaramiento, me doy cuenta de que dependía, indudablemente, de ese espejito de tocador tanto como de la conciencia que debió tener delante.

Ante esos espejos que las siguen en su trabajo y que las acompañan cuando se quedan solas en medio de las peripicias del drama, ellas ponen una mirada demasiado contemplativa en que se miran en el dolor, en que sin querer se consuelan.

Su expresión debía ser más seca y reflejarse en más profundo y obscuro abismo. Perdería alguna vez la memoria la actriz que no se mirase en los espejos, que son siempre espejos de coquetría, pero su espontaneidad sería mayor, más vivaz, más perdida en esa soledad del drama que se debe reflejar en el cinematógrafo sobre todo.
 ¡Pobre tercera persona perdida, muda, servicial, como pared móvil!

El espejo se adentra en el corazón de ese apuntador de la expresión que lo lleva como escapulario de su pecho; se adentra en su corazón, se interna en su pecho y se lo rebaña.

Esa profundidad que adquiere el espejo va en detrimento del famélico apuntador de las expresiones, que es como un ser vacío que no tiene derecho a figurar en los idilios, en las fiestas, ni en las mismas tragedias aunque acude por en medio de ellas, aunque acuda presuroso a llevar el espejo agravatorio cuando ve que alguien agoniza en la escena y debe por desgracia de sí mismo, despedida buena tarde, desde la última ventanilla de tren.

El «animador» —
 Es duro como un dios cruel el «animador» cinematográfico.
 Tiene algo de magnetizador de miradas implacables.
 No es el director de escena, el simple y vulgar director de escena. Es mucho más, es el «animador», el papel

inmediato al de creador de todas las cosas.

—¡Lo menos se ha creído que sus muñecos de cartón o de barro — dicen, indignadas, las sombras de talla cuando lo ven entrar sin saludar a nadie, orgulloso, preocupado con lo que ha de dar vida, dispuesto a la lucha.

—Ya está ahí el «animador» — dicen los criados, y la verdad es que los muñecos del cinematógrafo se comienzan a mover, se ponen en pie, se arreglan la corbata, se abren el botarate, se miran en el espejito de bolsillo.

El «animador» sigue la verdad del espectáculo, para él es la hora de crear un film, la hora de la verdad, y por lo tanto, todo lo que no sea natural, vibrante, álgido, no le conviene.

—Pi-pi-pii-pii.
 Parece que no va a acabar de sonar el pito del «animador», que atraviesa las almas y se queda clavado en ellas, emergiendo entre los demás pitidos que todos oyeron en su vida, lanzados por los trenes o por los tranvías, como una aguja de sombrero en el acéreo de los alfileres.

El silbato del «animador» para todo el espectáculo, amengua poco a poco, porque todo estaba tramado y seguía un rumbo veloz.

El metálico pito, aplastado fieramente, como mordido en el atroz deseo de silbar, cuelga sobre el pecho del «animador» como monóculo ruidoso e impertinente.

—Pi-pi-piiiiiiii.
 El tranvía de la representación descarrila, se le sale el tole, todos vuelven la cabeza como en un baile cuyo bastonero delirase.

Pi-pi-piiiiiiii.
 Dos enamorados de la película, que se han enamorado de verdad y se dedican a sus éxtasis, siguen charlando sin haber oído el pito.

—¡Basta ya! — les da ganas de gritar a todos, poniendo alguna palabra irritada e insultante después del «basta ya!»

El pito del «animador» es como esos alfilerazos que se clavan en el brazo de los que están magnetizados, atravesándose sin que ellos se enteren.

El «animador» no conversa apenas con los artistas de film, toma sus cocktails silencioso, un poco de espaldas a todo el público, como hombre que no se puede dejar debilitar.

Su esposa no es artista de cinematógrafo, sino una mujer a la que tiene muy escondida y que no se trata con nadie.

El «animador» observa la vida, toma nota de ella, calcula lo que hay de sinceridad en ella, aprende, sobre todo, lo más difícil de reflejar en la pantalla, mucho más difícil que una pasión, que un buen estrangulamiento, que un último estertor rítmico como un trémolo que se apaga, y es el orgullo de una multitud en un cabaret en un barco, eso no conocerse al llevarle mucho del prójimo, todos dependientes, alalados, con los pensamientos individuales y personales en la más.

En cuanto el «animador» se descansa en esos grandes conjuntos hay un vulgar ciudadano que mira con desconfianza fracasado al objetivo de la máquina una mujer que flirta con la máquina y revela todo el artificio vanidoso de la película. ¡Cómo persigue el «animador» esos conciliábulos en que les queben ser transeúntes del mundo, se ven por casualidad, en el mismo público, se convierten en coristas anónimos!

Gomez de la Serna

Algunos escritores alemanes han compuesto un grupo de alumnos inconformes que llegaron a tener fama universal en su edad madura. A la cabeza de todos está Napoleón Bonaparte, no tanto por su fama de incorregible como por la gloria militar que llegó a adquirir. Recuérdase que Napoleón fue una causa de molestias para sus maestros, y mientras estuvo en la academia militar se le tuvo por uno de los alumnos más estúpidos.
 Uno de los adversarios de Napoleón, el duque de Wellington, fué un muchacho muy perezoso, y todos sus pensamientos parecían hallarse muy lejos de los estudios. Otro de los que se enfrentaron con el corso, el mariscal Blucher, estuvo en su niñez, según la costumbre alemana, en uno de los últimos asientos de la clase.
 Carlos Darwin nunca se preocupó mucho de sus tareas escolares, y sus compañeros le tuvieron siempre por más interesado en ver lo que pasaba al aire libre o en perseguir a un perro o gato que encontrara. Al igual que él, Isaac Newton se quedó siempre atrás. Newton, el héroe de la marina inglesa, fué igualmente un pobre estudiante.
 Entre los niños alemanes corre la fama de que von Liebig, el químico que es a la ciencia alemana lo que Edison a las industrias eléctricas en Estados Unidos, pasó toda su vida estudiantil en las últimas bancas de la escuela.

UNA NUEVA OPERA DE STRAUSS

Viena, Marzo.—La nueva ópera «Intermezzo» que Ricardo Strauss hará estrenar la estación venidera en Austria y en Alemania, está basada en algunas experiencias personales del compositor, que además de causarle a él y su esposa muchos ratos amargos, estuvieron a punto de concluir con su hogar.

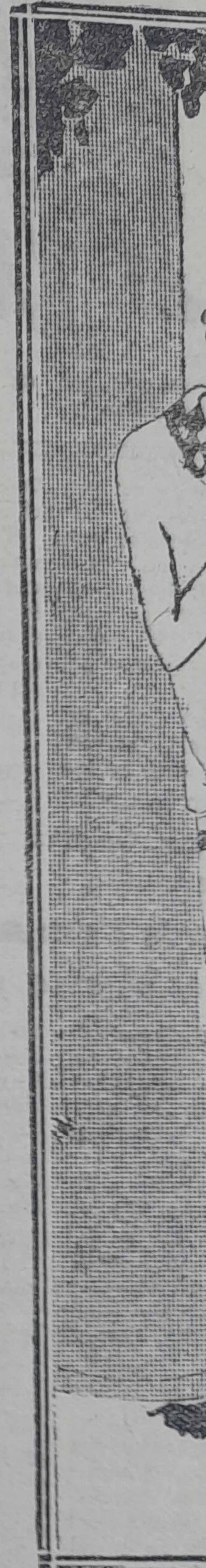
En cierta ocasión en que Strauss se hallaba fuera de Viena, recibió un telegrama de su abogado en que le anunciaba que su esposa había entablado juicio de divorcio. El maestro se apresuró a regresar, pero no pudo verse con la señora Strauss. Fué entonces a ver al abogado de ella y así fué como averiguó lo que pasaba.

La señora Strauss había abierto en su ausencia una de las cartas dirigidas al compositor, de la que aparecía que andaba en amores con otra mujer. Strauss afirmó que no conocía siquiera el nombre de la firmante, y su abogado fué en su busca. La joven declaró que era amiga de Strauss y que esa mañana tarde tenía una cita con él en un café. Allí fueron y se encontraron con un individuo que luego constó que había tomado el nombre del compositor y sin figurarse que la joven era su esposa, se presentó a la dirección del teatro.

Bernhard Baer escribió el libreto de la ópera, pero el compositor lo rehizo porque estimó que Baer no había prestado a la señora Strauss tan atractiva y encantadora como su marido.

La abeja sin aguijón

(The Associated Press, por carta)
 Se ha conseguido añadir la abeja sin aguijón a los bien conocidos milahilachas y la naranja sin semillas. La abeja que acaba de exhibirse en la región por E. J. Campbell, es de clase Adel y no tiene otro recurso que defenderse, que recurrir a sus mandíbulas.



Después de haberse hecho una alta costura de esas creaciones, o de consejos para los vestiditos sencillísimos mismo tiempo.
 Muchas damas disfrutaban de un placer en combinar sus trajes. Y si se fijan también, detalles cuantados de lo inedito, elegancia bien poética creadoras de trabajo de la costurera en casa, La moda actual esto, pues requiere que costura perfecta, realizada por vos, bordados, etc.
 Aquí tenéis, por ejemplo, de tricotina colorable que sea sobria, y con algún